

—Tú eres *sor Julia del Corazon de Jesus*. ¡Sacrilegal tu conciencia te acusa.

Julia dió un grito y cayó al suelo sin sentido.

Los que bailaban corrieron al lugar de donde salió el grito: Gerardo se presentó, consternándose al ver á su amada en aquel estado.

El señor Urrutia la cargó en sus brazos llevándola á su recámara: los convidados se hacian mil conjeturas. Los criados corrieron en busca de un médico: algunas señoras abandonaron el baile; otras invadieron la recámara.

Luisa, vuelta en sí, veia á todos con ojos espantados, creyendo descubrir entre los convidados al funesto don Silvestre; pero el señor Cardoso habia salido el primero aprovechándose de la confusion. Montó en su carruaje, y no obstante la hora, dijo al cochero:

—Al Arzobispado, á escapel

El desmayo de Luisa se atribuyó al calor, á los nervios, al corsé ajustado, etc., etc.

La jóven tuvo que presentarse nuevamente en el salon para no disgustar á los convidados.

A las cinco de la mañana, cuando todos se retiraban sumamente complacidos, Julia confiaba á su amante lo ocurrido.

El señor Urrutia dispuso la fuga inmediatamente.

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

pequeña puerta de un modo particular. Esta se abrió á su vez, apareciendo en ella un clérigo muy jóven.

—¡Usted por aquí, tío! á esta hora!

—Sí, Andrés, yo. El loco de tu hermano me llevó á un baile, y he descubierto..... pero déjame entrar, pronto, pronto, avisa á su ilustrísima.

El clérigo introdujo al señor Cardoso: cerró con llave, y llevándole de la mano por varias piezas oscuras, le dejó en una antesala alumbrada por una lámpara de cristal apagado, mientras que él entraba por una puerta secreta.

A los pocos instantes salió diciendo:

—Su señoría ilustrísima está acostado, pero en virtud de la urgencia del caso, recibe á usted, tío; pase usted.

Don Silvestre entró, y el familiar fué á recostarse á un sofá para esperar órdenes.

En una alcoba bastante lujosa y en un lecho con colgaduras, se hallaba recostado un sacerdote como de unos cincuenta años: gordo, colorado, de ojos pequeños, muy vivos.

Sobre su mesa de noche estaba una Biblia abierta. Una bujía daba luz al aposento, sin alumbrar de lleno el rostro del sacerdote, merced á un velador trasparente, que tenia pintada la última cena.

—Señor ilustrísimo, entró diciendo el señor Cardoso, tenga su señoría muy buenas noches y perdóneme que haya interrumpido su sueño, pero se trata de un negocio grave de nuestra santa religion.

—Tome usted asiento, mi querido hijo, tome usted asiento. ¿Qué hay? ¿Nuestra muy amada madre abadesa desea...

—No, ilustrísimo señor, no; se trata de una monja prófuga.....

—¡Qué!... dijo el arzobispo dando un salto, que hizo

observar al señor Cardoso que su señoría estaba vestido y cubierto con la ropa del lecho.

—Una prófuga de hace cuatro años, señor, repuso don Silvestre, agregando para sí:—«Hola, con que no te habias acostado ¿eh? y me estás haciendo un simulacro de sueño.»

—Pero yo no he tenido jamas conocimiento de esa fuga..... Y el arzobispo lanzó un bostezo, mas de fastidio que de sueño.

—¿Recuerda su señoría un incendio ocurrido hará unos cuatro años y meses en el convento de que soy mayordomo, allá como por el mes de Agosto?.....

—Sí, y recuerdo que se quemó una monja, que.....

—Esa, esa es la prófuga.....

El arzobispo dió otro brinco en su lecho, y movió el velador de manera que la luz de la bujía bañase el rostro de don Silvestre.

—¿Está usted en su juicio?

—Sí, ilustrísimo señor. El cómo se fugó lo ignoro; pero la acabo de encontrar y de confundirla: voy á explicarme.

Mi sobrino Alberto me convidó á un baile; y como San Pablo dice: «que todo se.....»

—Sí, sí: conozco la cita. Adelante.

—Concurrí al baile, que es en la casa del señor don Gerardo Urrutia, de donde he salido hace una hora.

Miraba con muy buena intencion á las señoras.....

El arzobispo se mordió los labios para no reirse: don Silvestre habia seguido diciendo:

—Cuando llamó mi atencion una, á quien Dios Nuestro Señor ha dotado de grande hermosura. Admiraba al Creador, bendiciéndole en todas sus obras, cuando, ¡oh prodigio!

reconozco en aquella joven tan hermosa á la madre tornera, á sor Julia del Corazon de Jesus.

Pregunto á mi sobrino, *¿quién es ella?* Me responde que la esposa de Urrutia: le digo que me presente: lo hace Alberto, ella, que lleva el nombre de Luisa, se demuda al reconocerme: quiere evadirse, pretextando que su hijo está enfermo, yo no la dejo; le pido una contradanza, la interrogo bailando, se turba, y entonces yo la confundo diciéndole:

—*¡Tú eres sor Julia del corazon de Jesus! ¡Sacrilega!* Da un grito y cae sin sentido al suelo..... Los convidados entran en confusion, me aprovecho del desorden y corro á participar á su señoría lo que he descubierto.

El Arzobispo contemplaba á aquel individuo con curiosidad. Al señor Cardoso le brillaban los ojos á través de sus cristales con un fuego extraño.

—Es usted un guardian fiel de nuestra santa religion, y será recompensada esta denuncia.

—*Ilustrísimo señor!* exclamó don Silvestre con voz entrecortada.

—Sí, sí: eso es grave. Escriba usted mismo una comunicacion al ministro de justicia y negocios eclesiásticos, á fin de que nos auxilie con tropa y todo lo que sea necesario, para cercar la casa y evitar que nadie salga: á las ocho de la mañana irán las personas á quienes les corresponde conocer de este asunto á aprehender á la monja y al seductor y se instruirá una causa secreta, de las mas terribles que hemos tenido durante este año.

El señor Cardoso escribió la comunicacion: su ilustrísima la firmó, dió mas órdenes al mayordomo, y lo despidió en seguida.

Don Silvestre salió de la alcoba despues de haber besado el *pastoral* á su señoría.

Cuando hubo salido el señor Cardoso, el arzobispo se quedó murmurando:—«Pobre muger en manos de este buitre!» Y su señoría apagó la luz, y vestido como estaba, permaneció en el lecho sin dormirse.

Don Silvestre salió de la alcaoba después de haber pasado
 la puerta á su esfortia.
 Cuando salió salió el señor Gerardo, el criado que
 quedó en la casa: «Pobre mujer en manos de este pa-
 nob». Y su esfortia pagó la luz y vestido como estaba, pa-
 ncaró en el techo sin dormirse.

En aquel momento se había acercado á las dos interje-
 ciones un oficial armado en un ancho capote.
 —¿Qué quiere con Gerardo?
 —Iba solo á salir.
 —No salga, no sea que se escape, mandado.
 —El criado volvió á entrar, vestido al servicio de la pue-
 ra. Avísale al portero y al criado, y se van de alarón, acor-
 dando la esfortia. Los señores del salón. Urrutia sa-
 ban acostumbrados á ver á Gerardo, y á veces de esta ma-
 nera que no se sorprendían mucho por sus pases, era
 mas bien ordinario que pasase de Gerardo, sabian que era
 un rico y que todo lo que se le daba y que se le da-
 —Señal algun señalo que uno secho y que se le da-
 para que el criado seche el mozo que no se mate la

EL ARRESTO.

Hemos dicho que Julia reveló á su amante lo que le ha-
 bia sucedido, y que el señor Urrutia dispuso la fuga inme-
 diatamente. Para el efecto, Gerardo mandó á uno de sus
 criados á que fuese por un tronco de mulas de su propiedad,
 que habia prestado á un amigo suyo hacia pocos dias.

El criado iba á salir fuera de la casa, cuando un hombre
 de mala catadura le impidió el paso, amagándole con una
 pistola.

—¡Alto ahí!

—¿Y por qué, amigo? repuso el mozo mirando con insolencia
 al desconocido.

—Porque es la órden que tengo. Quién sabe lo que se le
 haya atorado á tu amo, que hay esa órden.

—Adios, amigo: ¿y qué, no querrá ganar unos medios?

—Aunque quisiera, á mí me vigilan tambien.

—Y luego, ¿y quién lo vigila?

—Silencio.....

En aquel momento se había acercado á los dos interlocutores un oficial envuelto en un ancho capote.

—¿Qué quiere *este*, Ramirez?

—Iba salir, mi jefe.

—No señor, no hay órden: adentro, muchacho.

El criado volvió á entrar cerrando el postigo de la puerta. Avisó al portero y al lacayo, y la voz de alarma circuló entre la servidumbre. Los sirvientes del señor Urrutia estaban acostumbrados á presenciar tantas escenas de esta naturaleza que no se sorprendieron mucho: por otra parte, eran mas bien cómplices que mozos de Gerardo; sabían que este era rico y que todo lo vence el oro.

—Seria algun *soplón* que vino anoche y vió que se jugaba aquí, dijo el lacayo: avísale al amo para que no se asuste la niña, y para que no *almita* otro día en su casa *soplones de levita*.

El criado subió la escalera, y se dirigió en busca de Gerardo, que estaba en una antesala, en traje de viaje, y hablando con Luisa que se colocaba un sombrerito en la cabeza, mirándose en un espejo.

—¿Trajiste las mulas? ¿Están enganchadas ya al coche de camino, preguntó Gerardo apenas estuvo el mozo en su presencia?

—No, señor amo.

—¡Cómo! ¿Por qué? No te advertí que era muy urgente...

—Sí, señor amo, pero al salir por ellas un hombre me atajó el paso, diciéndome que hay órden para no dejar salir á nadie de la casa. Le ofrecí unos *medios*, y estaba haciendo *lucha* para *conchavarlo*, cuando se nos presenta un oficial y me obliga á entrar en la casa.

Gerardo y Luisa se habían dirigido una mirada patética.

La jóven se había dejado caer en un sillón, y estaba pálida como si fuese á morir.

—Dice el lacayo, prosiguió el mozo, que seguramente su merced recibió anoche en su casa á algun *soplón*: *vido* que se echaban albuces aquí, y como *ora está provido* el juego, y como no pueden *ver ojos en otra cara*, dieron el soplo, y su merced tiene que pagar la multa.

—No, Gerónimo, es otra cosa mas grave; pero vamos á huir por la azotea: ¿nos quieres acompañar?

—Pues cómo no, amo; hasta el fin del mundo; más si va la niña.

—Luisa, toma á tu hijo y vamos pronto.

La jóven se levantó de su asiento animada por la esperanza: fué por su hijo, volvió con él en sus brazos, y todos tres se dirigieron á la azotea, para subir á la azotea.

Gerardo le había hablado al mozo en secreto, y este subió el primero. El señor Urrutia, entre tanto, revisaba sus pistolas.

Gerónimo, el mozo, apenas había dado unos cuantos pasos en la azotea, cuando le salió al encuentro un soldado que se ocultaba tras un poste, marcándole el alto y haciendo brillar su carabina á los primeros rayos del sol.

—¿A dónde va, amigo?

—*Pos* se acaba de volar un canario, repuso Gerónimo desconcertado, y lo ando buscando.

—No es usted mal canario, repuso el militar sonriéndose. A ver si se va para su casa, amigo.

—*Pos* mejor ayúdeme á buscarlo, *vale*, y puede que el amo le dé una onzita.....

—Mire..... dijo el militar con malicia, solo que somos *hartitos* y no alcanzan diez y seis pesos para todos.

—¿Y qué, cree que solo hay una onza en la casa?

—Ya me figuro que no, amigo, pero no echa cuentas con el gefe.....

—¿Y el gefe se negará, amigo!.....

—¿A qué?

—Pos á buscar el canario.....

—Es *rejego*, amigo, y luego.....

El soldado no pudo concluir: un sargento de luengos bigotes se presentó, y dándole un empujón al miliciano, le dijo:

—¿Qué hablaba usted con ese hombre?

—¡Mi sargento!

—¿Qué hablaba usted? repitió el sargento con voz estentórea.

—Pues la verdad, mi sargento, como estamos aquí desde antes de las cuatro, tenía frío, y le decía á este amigo que me trajera un trago de aguardiente: ya me *rajo por hacer la mañana*.

—¡Maldito vicio! exclamó el sargento. No, señor, está usted de servicio: y usted, amigo, márchese pronto.

Gerónimo se fué por donde había venido. Bajó la escalera y comunicó á su amo lo que había pasado sin omitir ningún detalle.

El señor Urrutia comprendió que la casa estaba cercada y que no había medio de fugarse.

Luisa y él se retiraron á la sala, cerrando ántes las puertas. Gerardo levantó con cuidado la cortina de uno de los balcones, y pudo observar á dos hombres que se paseaban por la acera de en frente y que pertenecían á la policía secreta.

—Es llegado el momento de morir juntos, dijo Gerardo mirando á Julia con una expresión salvaje, y sintiendo en su corazón angustiado la pasión más vehemente.

—Sí, murámos, repuso Julia: no me dejes llevar. Me encerrarían en el convento separándome de tí y de mi hijo. Y la jóven estrechó á Julio en sus brazos, y le miró como la leona herida ve á los cazadores que le llevan sus cachorros.

—Negaremos todo, dijo Gerardo, y si á pesar de eso te quieren llevar ó separarnos..... Y el señor Urrutia enseñó á Julia un agudo puñal.

—Sí, sí: la muerte es dulce, viniendo de tu mano.

—En aquel momento paró un carruaje á la puerta de la casa: á pocos instantes se oyó el ruido de otro coche.

—¡Ahí están! exclamó Gerardo lanzando una mirada llena de ira á la puerta por donde debían entrar.

Mientras Julia se sentía desfallecer ante el peligro próximo, y Gerardo cobraba bríos, una escena divertida tenía lugar en el patio de la casa.

Gerónimo estaba rodeado por los criados, y los animaba con la palabra y con la acción.

—Lo que al amo le pasa, solo él y Dios lo saben: pero lo que yo digo es, que *ora es cuando* le debemos de dar *prebas* de nuestro cariño..... Donde él quiere *juir*, algo hay: armémonos y que se lo lleven en *güena hora*, pero despues de haber defendido la casa, y cuando estemos muertos. Vale más morir, que perder al amo; dígolo por mí, ustedes saben lo que hacen.

—Lo que es yo, pienso lo mismo, contestó el lacayo.

—Pos, luego, muchachos, exclamó el portero: á tomar las carabinas: serán tan *güenas* las que traigan como las nuestras. Yo con mi carabina maté á un ladrón cuando *juimos* á la feria de Lagos á poner la partida.

Y los criados corrieron á tomar sus armas y á ponerse ba-

jo las órdenes de Gerónimo, que era el jefe que debía mandar la defensa de la casa sitiada.

Todo era alboroto y movimiento, y hasta dos muchachos, pinches de cocina, se presentaron armados en el patio.

—*Desparramaditos*, decía Gerónimo, no se me hagan *be-las*: cada *quen* busque su lugar: pocos gritos y buena puntería.

—¿Y don Nicolás? preguntó uno.

—Ya está chocho, repuso un criado que tenía en la mano una botella, resto del baile, y de la que bebía sendos tragos para animarse.

—Pero ¿a dónde está? insistió el que primero había preguntado.

—Debe estar en su cuarto durmiendo: no ve que las desveladas matan á los viejos?

En aquel instante pararon los dos carruajes á la puerta: el portero abrió: todos estaban listos; quizá iban á salir algunos tiros, cuando vieron apearse del coche á un fraile gordo y mofletudo, y que apenas podía con su humanidad. Seguíanle dos clérigos mas: dos oficiales venían luego, cerrando la marcha el señor don Silvestre Cardoso, que rebo-saba de alegría.

Los insurrectos ocultaron sus armas, y hasta les besaron la mano á los padrecitos.

Aquellas seis personas subieron lentamente la escalera. El fraile obeso iba rezando en latín y bendiciéndolo todo: eran conjuros, pues para él, allí estaba el demonio.

Nicolás, á quien creían dormido los criados, no lo estaba: desde las tres de la mañana se había encerrado en su cuarto á escribir. A él debemos tan importantes datos.

En el momento en que los padres llamaban á la puerta de

la antesala, Nicolás, pálido y tembloroso, se presentó en la sala diciéndole á Gerardo:

—¡La justicia eclesiástica!

—Abre, dijo Gerardo.

Nicolás fué á abrir: los sacerdotes y don Silvestre entraron hasta la sala: los dos oficiales se habían quedado en la pieza inmediata.

Julia, sentada en un sillón, tenía á su hijo en sus brazos: de su pecho salían gemidos ahogados.

Gerardo, en pié, y junto á su amada, oprimía con ira el pomo de su puñal.

El fraile obeso entró exorcizando á los presentes, y con voz de bajo profundo, dijo:

—Don Gerardo Urrutia?

—Yo soy, contestó el jóven chispeándole los ojos y dando un paso adelante, que hizo retroceder á los dos clérigos.

—Se le acusa á usted de haber seducido y prostituido á una monja del convento de la Concepcion, llamada sor Julia del Corazon de Jesus, de tenerla por manceba haciéndola pasar por su esposa, y debe ser esa que gime su culpa y que oculta el rostro entre las manos.

—Es mentira.

—Yo la he reconocido, exclamó don Silvestre.

—Mentira.

—Que se descubra el rostro, dijo el fraile obeso, dando un paso hácia Julia.

—¡Miserable! si te acercas, te mato, gritó Gerardo sacando el puñal.

—¡Sacrilego! ¿No te basta un crimen, quieres cometer otros? repuso el sacerdote, que era hombre que no se intimidaba por tan poco.

—¡Atras! repitió Gerardo, atrás ó te mato.

Y acompañando la amenaza de la acción se fué sobre el sacerdote.

A los gritos acudieron los oficiales; Gerardo sacó su pistola para ellos: los militares desenvainaron sus espadas; el fraile, los clérigos y don Silvestre habian retrocedido.

Iba á empeñarse una lucha sangrienta quizá, cuando Nicolás, saliendo de entre las portinas de un balcon, se interpuso diciendo:

—Suplico á estos señores que se retiren: Gerardo, guarda tus armas, has delinquido; sujétate á la pena á que te has hecho acreedor sin causar escándalo.

Los oficiales envainaron, y á una seña del fraile abandonaron la sala. Nicolás fué á cerrar la puerta, y ofreció asientos á los circunstantes.

—Voy á hablar, dijo: soy el criado de confianza de Gerardo: mas bien dicho, soy su ayo. Allá por el año de 18..... Gerardo trajo una noche á esta jóven: me dijo que era una novicia prófuga, y que se iba á casar con ella.

Nos marchamos para San Luis Potosí, y en el pueblo de Dolores, haciendo yo el papel de tío de la jóven, se casó con ella Gerardo.

—¡Horrible! ¡Inaudito! exclamó el fraile.

—Sé que este caballero, continuó Nicolás, señalando al señor Cardoso, la descubrió ayer en la noche, reconociéndola monja profesa: lo que he dicho, es lo único que sé y la verdad mas pura.

—¿Es cierto? preguntó el fraile á Gerardo que estaba aterrado,

—Es verdad, pero antes que me separen de ella, moriremos juntos.

Y Gerardo, con un movimiento rápido sacó el puñal y pretendió herir á Julia: esta abrió los brazos presentando el pecho.

Los circunstantes dieron un grito, el niño lloró, dando ayes lastimeros y abrazándose de su madre... Nicolás evitó el golpe que todos creian seguro.

Lo que pasó en seguida fué espantoso: los sacerdotes querian llevarse á Julia aprovechando el momento; esta gritaba abrazándose de su hijo; el niño gritaba tambien que no le hicieran nada á su mamá. Gerardo luchaba como un desesperado con Nicolás y don Silvestre para desasirse de ellos.

Por último, en medio de aquella confusion de gritos, de lágrimas, de juramentos y de la lucha mas desigual, se oyó un tiro.

Los oficiales entran en la sala rompiendo la puerta, y ven á don Silvestre tendido sobre la alfombra y bañado en sangre..... estaba muerto.....

Gerardo luchaba aún con Nicolás.

Los militares corrieron en ayuda del criado, y lograron atar al jóven.

—¡Frailes malditos! Yo me vengaré, gritaba Gerardo en el colmo de la desesperacion. Al ménos el denunciante ya pagó su temeridad..... Y el señor Urrutia seguia llenando de injurias, que la pluma se resistió á trasladar al papel, á los clérigos y al fraile.

Julia, conducida por los sacerdotes, salió de la sala llevando á su hijo en los brazos.

Al ver que Gerardo iba detras con los oficiales, pensó que los llevarian juntos; pero cuando en el patio los montaron en carruajes distintos, la jóven, elevando la voz cuanto le

GERARDO.

12

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

fué posible, exclamó con un acento que penetraba hasta el alma:

—¡Adios, amor miol ¡Acuérdate de mí!.....

La casa seguía vigilada: el cadáver de don Silvestre fué conducido una hora despues en un coche cerrado.

Los criados, rodeados de Gerónimo, hacían sus comentarios en el patio: escuchémoslos.

—Yo, yo mismo oí todo, decía Gerónimo; estaba escondido en la recámara del amo: la niña Luisa es monja, y su nombre verdadero es el de Julia.

—¡Jesus! dijo el lacayo, entónces el niño Julio será el Ante-Cristo. ¿No dicen que el Ante-Cristo ha de nacer de una monja? ¡Carambal probe del amo... yo en su lugar no...

—¿No qué? le interrumpió Gerónimo, ¿no te la hubieras robado? *qué guaje!* Monja ó no monja, la niña es muy chula, la verdá: *güen cacho, aparccero*: lo que es yo, hasta el infierno voy por una muger tan *repreciosa* como ella.

—Lo que es el *soplon*, *peló patos*, agregó el portero.

—¡Qué buen balazote tenía! dijo uno.

—Me alegre, contestó otro.

—¿Y qué le harán al amo?

—Nada: contestó Gerónimo; dentro de pocos días está aquí muy triste. Para eso que tiene dinero.

Y los criados se dirigieron á cumplir con sus faenas, como si tal cosa hubiera pasado.

¡PARA SIEMPRE!.....

A las siete de la noche de ese mismo día, un carruaje se detuvo en la puerta del convento de la Concepcion!

La puerta se abrió sin que nadie llamase, y se aparearon del coche dos sacerdotes y una muger cubierta la cara con un espeso velo.

Julia, pues no era otra la muger del velo, exhaló un gemido al oír cerrarse tras ella la maciza puerta. Los clérigos la llevaron por los patios del claustro sin haber encontrado á ninguna monja. Despues de atravesar varios patios y muchos corredores, llegaron por fin á un pequeño jardin: en este lugar había un calabozo estrecho y húmedo reservado á Julia.

Una monja se acercó á los hombres de sotana, llevando en sus manos una linternilla.

—Reverenda madre abadesa, dijo uno de ellos, aquí está la culpable: ha confesado todo, y ya sabe vuestra reverencia lo que su señoría ilustrísima ha prevenido.

—Padres, todo se ha hecho como lo mandó su señoría ilustrísima.

—Nos retiramos entónces, madre abadesa.

—Yo no quiero quedarme aquí, dijo Julia; me han engañado, se me dijo que veníamos á que probara mi dicho, yendo al coro bajo, para que se escavara la fosa á mi presencia..... Quiero ver á mi hijo: ¿á dónde está mi hijo?..... Es mi hijo; mi Julio..... yo lo crié con mis pechos: estuvo en mi seno..... ¡ay! le amo tanto.....

—Olvida todo eso, Julia; fué un sueño..... pídele misericordia á Dios y arrepíentete, contestó la abadesa con una frialdad glacial.

—¡Un sueño! nó, que es verdad: es una realidad hermosísima: nunca me arrepentiré de haberlo tenido..... No quiero estar aquí: me ahogo, me muero, me asfixio. Y Julia intentó retirarse.

Los dos clérigos y la abadesa se abalanzaron sobre su presa como buitres famélicos. Despues de una lucha ligera, Julia fué á dar al calabozo, y la puerta se cerró con estrépito.

Julia, despechada, comenzó á dar gritos lastimeros, llamando á Gerardo y á su hijo.

La abadesa acompañada de los dos sacerdotes, se retiró de aquel lugar.

—Me parece que grita mucho esa señora.

—Ya se cansará, contestó la abadesa.

—Pero..... puede ser oida.

—No hay cuidado, esta parte del convento está aislada: dentro de ocho días estará débil y llena de resignacion.

Los clérigos y la abadesa, salieron de aquel pequeño jardin.

Julia, entre tanto, no cesaba de gritar.....

Bien pronto se sintió fatigada: entónces comenzó á llorar con ternura.

Julia pensaba en Gerardo, en su hijo, en su casa á donde habia sido tan feliz, y todo la atormentaba.

A las once de la noche oyó la campanilla del convento que tocaba á coro: Julia se arrodilló en medio del calabozo, y estremeciéndose con terror, exclamó:

—¡Gerardo, Julio, adios para siempre!

Las fuerzas físicas la abandonaron, y cayó sobre las frias losas privada de sentido.....

La historia de Julia nos ha inspirado sérias reflexiones, que comunicaremos en parte á nuestros lectores, sin descender á un terreno resbaladizo, por temor de disgustar á alguna bella lectora en cuyas manos tengan la fortuna de ir á dar nuestras pobres producciones.

La historia de Julia, no es una ficcion de nuestra mente, la hemos tomado de una causa original, cambiando empero el nombre de la monja y el convento en que aconteció lo que hemos referido.

La falta fué grave, no lo negamos, pero el castigo traspasó los límites: en nuestro humildísimo concepto, Julia nunca debió ser separada de su hijo.

Esta separacion fué causa de grandes males, como verán nuestros lectores mas adelante. En cuanto á Julia, ya sabremos su triste fin: por ahora, nos vemos precisados á dejarla en su calabozo, para ocuparnos de otros personajes.